

OPINION

Concepción Arenal, un legado por descubrir

MARIA JOSE LACALZADA

El siglo que nos separa de la muerte de Concepción Arenal (4 de febrero de 1893) ha producido transformaciones que ella ni siquiera pudo intuir, desde la perspectiva en que vivía. Si su voz puede tener una resonancia sugerente hoy día, no es tanto por sus soluciones concretas, como por el sentido de las mismas. El esfuerzo realizado para comprender las leyes de la Naturaleza y la Razón proyectó a C. Arenal hacia una dimensión universal. El precio de la libertad de pensamiento y conciencia del intelectual suele ser alto. Y por eso, C. Arenal dentro de su contexto histórico, estuvo en una difícil tesitura. Sus propuestas fueron resbalando sobre los integristas religiosos, los partidismos políticos, el máximo beneficio material y las movilizaciones obreras dispuestas a la lucha final.

Era una humanista liberal, que concebía el Derecho como faro gúfa en esa pasión de la humanidad por ir construyéndose a sí misma. Era una cristiana reformista que confesaba: «creo en el progreso como una ley de Dios. Yo veo esa Ley en el universo todo, y la siento en mi conciencia, donde haya eco aquella voz divina que nos ha dicho *sed perfectos*».

A partir de los postulados ilustrados parecía entrarse en una nueva época. Era una llamada a la interiorización. La especie humana, sometida en el pasado a dogmas, a imposiciones ciegas, a fuerzas externas a sí misma, reclamaba su mayoría de edad. Se supone que en la medida que la persona despliega sus capacidades intelectuales, sus facultades morales, su sensibilidad... amplía los grados de soberanía. Sólo así crece la posibilidad de autonomía; el ámbito de la libertad; la disposición fraternal. La conciencia acrecienta la armonía dentro de uno mismo y con los restantes seres del entorno.

EL IDEAL DE UNA SOCIEDAD.— La forma de «conciencia de persona» era la clave para inaugurar el nuevo estadio en el devenir de la humanidad. «El ideal de una sociedad —decía C. Arenal— sería que todos los individuos que la componen, comprendiendo perfectamente sus deberes, los cumplieran sin coacción alguna, de modo que no hubiese necesidad de leyes ni de tribunales que las aplicasen, ni fuerza pública para apoyarlas...».

Sabía que semejante tierra de promisión se encontraba muy lejos, pero hacia ella apuntaba su brújula. C. Arenal no fue una pensadora aislada. Conoció muy a fondo la problemática de los diferentes grupos sociales. Penetró —con intenciones reformadoras— tanto en los salones de la aristocracia como en las prisiones. Trabajó por incorporar a la mitad femenina de la humanidad a la misma revolución que iniciaba la masculina: posibilitando la instrucción, la valoración del trabajo, la igualdad de derechos y deberes. Criticó desde dentro la rueda de la administración del Estado.

Hoy casi se han desdibujado de la memoria histórica sus actividades para promover una opinión pública consciente; una sociedad civil con cometidos humanitarios; unos políticos que llegasen a ser hombres de Estado. La responsa-



Monumento a Concepción Arenal en Madrid. / LARRY MANGINO

bilidad individual era insoslayable, pues «los Jefes supremos de las naciones, llámense como quieran no son sus guías, sus inspiradores, sino su reflejo; no dan el impulso, le reciben». Y por eso, extender la educación era mejorar la piedra angular del edificio social. No bastaba con la simple instrucción ya que «si la educación no debe prescindir de la inteligencia, no se dirige exclusivamente a ella, sino a todas las facultades que constituyen el hombre moral y social». Era precisa una educación integral, pues «se ve que las personas que atinadamente cultivan diferentes facultades tienen muchos recursos en sí, es decir, una actividad bien aprovechada, que da medios variados de mantener la armonía interior, y medios exteriores, para la vida material; se ve que peligra la razón, y suele sucumbir, en el que tiene una idea fija, es decir la actividad toda concentrada en un punto y produciendo un desequilibrio que pronto llega a ser un trastorno completo».

C. Arenal buscando el impulso que mejor pudiese asegurar la emancipación humana lo cifró en la moralidad, entendida en su sentido natural y universal como «el conocimiento y la práctica del deber, realizado por el puro amor al bien». Los individuos y los pueblos pueden sobreponerse a sus deficiencias desde la vida moral y también desde ella arruinar sus ventajas naturales.

Por eso: «Ni la inteligencia, ni la riqueza perpetúan los imperios, —dice C. Arenal— sino la fuerza moral... «los pueblos más morales, en fin, son los que tienen pecheros que pueden transformarse en ciudadanos, aristocracias en que los señores son hombres con virtud y conciencia bastante para comprender los deberes de humanidad y practicarlos...».

Creía que sólo elevando el nivel intelectual y moral de los pueblos se podía aspirar a mejorar los sistemas políticos: «La democracia empieza a ser una realidad, —decía en 1880— pero es necesario hacerlo de modo que no sea una desdicha, como lo sería si a la autoridad y a la fuerza no se sustituye la razón y el derecho».

«¿De qué le sirve a la multitud que se reconozca en ella una voluntad, si no tiene para dirigirla un entendimiento? ¿De qué sirve que le den la corona y el cetro de la soberanía si es *masa*...». «Si la multitud empieza a moverse, es necesario que sepa a dónde camina; si es fuerza, que sean inteligencia; porque los pobres ciegos, de donde quiera que vengan, van al abismo».

El talante de las personas marca las diferencias, por encima de las clases: «El capitalista en lugar del obrero, haría como él, y este se conduciría como el millonario, si en su posición se hallase. Las virtudes y los vicios del hombre varían de forma según su posición: en la esencia son los mismos. Tú y yo —decía en las *Cartas a un obrero*— conocemos ricos que debían estar en presidio, y pobres que por falta de justicia andan sueltos».

Paralelamente escribió las olvidadas *Cartas a un señor*, donde les proponía la misma moralidad basada en la inteligencia, el trabajo y la justicia. Eso sí, subrayado por el mayor compromiso que requería su privilegiada situación. En ellas llegó a hacer consideraciones como la siguiente: «Los peligros sociales no vienen de algunos centenares de culpables que la opinión condena, y la ley castiga y la fuerza pública persigue y reclude, no; los peligros vienen de los malvados que no infringen las leyes o saben como

infringirlas impunemente; de los que al apoderarse de lo ajeno tienen la fuerza pública de su parte en vez de tenerla enfrente; de los que trafican con las ideas y con los principios; de los que compran conciencia después de haber vendido la suya...».

El Cristianismo doctrina emancipadora, en cuanto proclamaba la fraternidad entre todos los seres humanos, había venido no a poner en guerra al hombre contra los demás, sino consigo mismo. Y en este sentido explicaba C. Arenal, penetrando en las sutilezas de la caridad: «Tan pronto como llega a nuestra noticia un hecho desagradable o perjudicial, una desdicha o un crimen, lo que hacemos ante todo es echar la culpa a alguno. Una escuela, un partido, una corporación o un individuo tienen la culpa de tal o cual desventura... «Las cosas van muy mal, se dice en todas las épocas, y siempre con verdad. ¿Y cómo irían mejor? Si en vez de echar la culpa a otro, cada cual examinará la parte que tiene en ella y la suprimiese».

SIGNO DE PROGRESO.— C. Arenal veía esperanzada que el número de personas inteligentes y caritativas había aumentado en todos los países del mundo civilizado. Era un verdadero signo de progreso, mucho más que el simple crecimiento de la riqueza material. Entre los políticos, los juristas, los economistas... iban apareciendo quienes buscaban conducir a las sociedades a sus expectativas de desarrollo integral. La mejora de las vías de comunicación comenzaba a crear interdependencias nuevas entre naciones.

El derecho de gentes había venido prosperando desde el instinto hasta la racionalidad, «su fuerza —decía— no está en las bayonetas sino en la conciencia humana. El derecho de gentes no ha sido, no es, no puede ser coacción, sino armonía: existe en la medida en que concurren a él los sentimientos elevados, las ideas exactas, los intereses bien entendidos...»... «La ciencia será, pues, una prenda de unión entre los pueblos; exenta de exclusivismos, de adios, de cálculos interesados, se elevará sobre las pasiones, sobre los errores, y formulará reglas de justicia entre los pueblos».

Pero este nivel apenas se intuía. La fuerza continuaba imponiéndose al Derecho. Tan sólo podían frenar la codicia de los poderosos o consolar sus estragos las alianzas de humanidad: Las iniciativas libres, asociaciones e instituciones desde donde emergían las verdades, se consolaban las desgracias, se profundizaba la sensibilidad. Ciencia y fraternidad propiciaban los tiempos nuevos. Faltaba un largo camino y C. Arenal pensaba que muchas rémoras de la esclavitud, en sus más diversas manifestaciones, seguirían atormentando a la humanidad hasta que los hombres comprendiesen que «el cálculo mejor es la justicia».

¿Serán sueños idealistas? Claro que bien merece un margen de respeto quien —como creía Gumersindo de Azárate— pensó algo, sintió hondo y trabajó recio.

MARIA TERESA LACALZADA es autora de la tesis doctoral «Moralidad y proyección social de C. Arenal» (1991) en vías de publicación.

CLASICA

SINFONICA DE MOSCU (++++)

Centenario

CARLOS GOMEZ AMAT

Escenario: Auditorio Nacional.
Orquesta: Sinfónica de Moscú.
Director: Ramón Torre Lledó. Obras: *Hamlet*, *Romeo y Julieta*, y *Sinfonía 5* de Chaikowsky. Fecha: 2 febrero

EN noviembre se cumplirán los cien años de la muerte de Chaikowsky. Queremos a Chaikowsky, no sólo por la belleza de sus obras, sino por el puesto que tiene en el corazón de los filarmónicos. Muchos de ellos han llegado a serlo gracias al sentimiento melódico y a la comunicación directa del gran compositor, tantas veces atacada desde la crítica por la sencilla razón de que sus obras le gustan a la gente. Se ha de celebrar el año del centenario, y mucho me temo que esa conmemoración va a empalidecer otras, como las de Gounod y Mompou. Ojalá se conceda a cada uno su parte justa.

La orquesta Sinfónica de Moscú, bajo la batuta del español Ramón Torre Lledó, ha ofrecido un monográfico Chaikowsky, bajo la presidencia de la reina doña Sofía y en homenaje al voluntariado de la Asociación Española contra el Cáncer. Los beneficios del acto se destinan a una de las meritorias actividades de la Asociación. El éxito fue enorme, con ovaciones ruidosas, bravos, entusiasmo desbordado y propinas. Misión cumplida.

La orquesta de Moscú, si dejamos aparte algún descuido en la afinación, es una buena agrupación de características nacionales. Quiero decir que responde, sin ánimo de comparación con otras, a lo que suele ofrecer una orquesta rusa. Cuerda poderosa, madre eficaz y metal penetrante, a veces demasiado, con un alto grado de acidez. En la percusión hay unos cuantos jóvenes de gran empuje. Torre Lledó es un músico excelente, compositor e intérprete, de formación muy firme, que se manifiesta en la dirección con una gran seguridad. Tiende a buscar el efecto, a veces con cierta afectación. Hace lo vivo muy vivo y lo lento muy lento. Le falta, creo yo, un poquito de serenidad. Con más sosiego, no se hubiera producido al respetable barullo del Chaikowsky de la primera propina, ni la impresión de inminente descarrilamiento en la popularísima *Boda de Luis Alonso*, que encantó al respetable.

Se ofrecieron la peor y la mejor de las obrerías-fantasías sobre Shakespeare. *Hamlet* es la que menos corresponde al noble tema. En cambio, *Romeo y Julieta* tiene enormes hallazgos de clima y melodía. A mis encantadoras vecinas de localidad les pareció esta parte un poco triste, quizá porque todo termina mal, y deseaban algo que les levantase el ánimo: un vals, por ejemplo. Fueron premiadas con el vals de la «Quinta», que es algo peculiar, pero vale. Un público poco habitual aplaudió a destiempo pero se entregó sinceramente. La versión de la sinfonía fue notable, con lucimiento de algunos elementos.